

## “Mi mujer y mi monte”

Por YOLANDA OREAMUNO

= Colaboración. Costa Rica y julio del 38 =

Tengo derechos adquiridos en el descubrimiento de *Mi mujer y mi monte*. Puede que de tanto leerlo se haya perdido el calor de la impresión original, siempre en mí un tanto fanática, para dejar paso a una valorización más serena, más fría y más sana. Vaya lo uno por lo otro.

Cuando lo cogí por la primera vez,—unas cuantas páginas no más traducidas por don Joaquín—la impresión fue desbocada y loca. Lo que entonces pude decir de ese cuento que me encantara, fue simplemente sentido, y digo simplemente porque aunque entre nosotros es costumbre hablar de lo que sentimos sin pensar si lo sabemos, esa opinión que se alza, cae luego por falta de envergadura.

*Mi mujer y mi monte*, que merece no por su tamaño sino por su significado, comentario, es un cuento de tierras exóticas, que dichosamente para nosotros, no han sido descubiertas por el turismo internacional, que muy difícilmente se descalza, se moja y se empuerca tras una veta de ese nuevo romanticismo burgués que en vez de buscar emociones idealistas, se embarca tras un objetivo fotográfico. Si insistimos en ver eso, o si permitimos que un francés supercerebral nos descubra en el corazón de nuestra selva todavía ignorada y a través de un cuento, exotismos raciales, no vale la pena que conozcamos a Socorro, ni que desnudemos a Cristina, “que se recuesta a la orilla del sendero por un colón” Es inevitable que a pesar de lo que tenga de novedoso para nosotros saber cosas de los indios, y más que eso, conocer que los tenemos, sentiremos rubor de tantas cosas “oscuras” y pensaremos en catequizar puritana-mente a toda esa gente que vive feliz, ignorada de los inoralizadores.

Prevengo. Para que Socorro asome su cara de venada asustadiza por la puerta del rancho, para que su padre nos enseñe sus mañías de abogado de experiencia, y para que Cristina “se deje”, tenemos que llegar como George Vidal, con las manos vacías, sin textos de lección y debemos colgar del primer bejuco en el camino nuestra civilización, que una vez más, me permito poner en duda. Y es muy triste decirlo: hay que empuercarse, los caminos para llegar a su rancho están llenos de barro, los caballos se van hasta la panza y llueve cerrado.

Si logramos ir, primero: sin afán sensacionalista; segundo: sin afán catequizante; y tercero: desnudos, no a enseñar sino a aprender, entonces vamos.

Vamos a conocer de verdad a nuestra gente de monte adentro. A ver lo delicioso y transparente del cristal con que por primera vez se ve a la gente oscura y descalza que nos hemos empeñado en mirar empapados de color, ardientes de sol local y absolutamente desconectados de su medio. Porque no vale que se hable de “vos”, que se pinten tropicalismos, que se haga rusticismo, cuando para lograr el acierto literario la imaginación ajena cotizó la frase, cuando el campesino adobado que hasta ahora conocemos es una pura delectación imaginativa, muy loable pero muy mentirosa, del que lo pintó.

Y ésa, la falta de intención del cuentista que no “quiso” deliberadamente nada, que no pretendió forjar, ni moldear (la vieja manía de moldear que ve en toda parte arcilla blanda para sus creaciones), ésa, es la única y maravillosa maravilla de este cuento.

Y sale una Socorro sin pretensiones matrimoniales, que, y en honor a lo estricto de la terminología usada por Vidal, “una noche, ante la tempestad y el bosque umbrío le tocó ser mi esposa”. Le tocó; ahí no hay destino, ni futuro, ni fatalidad. Simplemente, se quiere algo más sencillo? le tocó ser la esposa. Ante la simplicidad de Socorro mueren en bajamar todos los códigos sociales, no se planean deliberadas intenciones, ni se lamentan deslices condicionados por estados de “ánimo” preparando el pleito que rehabilite con sanciones económicas ante la sociedad civilizada, siempre ávida de esta clase de altos en el camino de su comodidad y siempre dispuesta a rectificar un juicio cuando la transacción económica tiende el puente. Entonces ella es la pobrecita, y él el caballero. Si no hay esa clase de reivindicativo, ella es la prostituta y él, el don Juan ejerciendo su risueña y dudosa posición de vencedor afortunado. Pero Socorro no necesita que la disculpen, porque no tuvo ulteriores propósitos; le tocó y está de ello orgullosa. Y asume sus responsabilidades con la misma serenidad, sin pensarlo siquiera, con que entregó “las ancas y el sexo”.

No es cierto que está muy lejos Socorro de la “concha” sofisticada que hemos conocido, bus-

cando vengadores en la tierra y consuelos fuera de ella?

Y el padre de Socorro! “Dos palabras le entran y le vuelven a salir de la boca: la honradez, señores, Dios, señores...” ¿Qué más pedimos por lo general a nuestros abogados, o mejor dicho, qué más conseguimos de ellos? Es ese un código sin artículos numerosos, pero es un código. Es todo lo que puede asimilar el campesino de la politiquería que le servimos y con la única que va a las mesas electorales. Pero el padre de Socorro siquiera cura las heridas de serpientes venenosas...

Cuando dos machetes se alzan frente a un santo con candelas y lazos de colores por cualquier falda en revuelo o porque sí, nadie se interpone con nuevas morales ni hay desfacedores de entuertos. Se dicen dos palabras que aplazan el encuentro para la madrugada que tal vez con su hielo enfríe el calor de la contienda; y si llega la madrugada y las manos buscan las hojas, ahí está el monte con las suyas para tapar al caído y lavarle la frente al que pudo volver. Posiblemente no hubo: “Me perdonás si te mato?”

Si cualquiera de los tipos de *Mi mujer y mi monte* supiera leer, que no saben, se reconocería bebido en esas páginas sabrosas y brillantes.

Resulta extraño que un francés como Georges Vidal, con un cuento escrito en francés, viniera desde allá, desde tan lejos, saturado de otra civilización, que tan brillantemente supo dejar con su sombrero a la entrada del monte, a decirnos en palabras claras de sonoridad desconocida, pero que son nuestras, que manejamos todos los días sin escucharlas, lo que es nuestra gente de más allá de los caminos pavimentados. Yo acepto la lección y estoy agradecida. Y si alguna vez quisiera decirme a mí misma algo sincero, que agradara lo íntimo de mi feminidad, quisiera poder decir “Socorro y yo”. En dos mundos distintos, más cerrado el mío, se mide por calles, mientras el de ella por horizontes; acaso ella tiene cercas de alambre o cortinas de árboles mientras yo paredes de cemento armado; con un ritmo diferente, ella soles y yo relojes, pero quisiera poder decir “Socorro y yo”!

Y con una nueva desilusión para el que lee, como yo creo que no se debe leer *Mi mujer y mi monte*, este delicioso cuento americano no tiene moraleja. Termina como la tarde sin tragedias, no ha hecho parábola de proyecciones infinitas, pero está siempre prometiendo amaneceres.

## Tomás Mann y “La próxima victoria de la Democracia”

(Viene de la última página)

tes que les hacen falta a los anticuados sistemas democráticos; pero al fin y al cabo, la propaganda que se le hace no está basada en su esencia, sino en ciertas reformas. Se trata, pues, de la obsolescencia del estilo.

El señor Mann niega enfáticamente que las nuevas autocracias tengan algo que ofrecer que no sea su novedad. Por el hecho de que la libertad es antigua institución en el mundo occidental, la autocracia goza de la novedad de ser algo distinto. Porque los nuevos despotismos, podría decir el señor Mann, hacen tanto ruido con sus frases referentes a los Programas de Cinco Años y Programas de Cuatro Años y todo el tema de una Vida Programizada por decirlo así, obligan a mucha gente a olvidarse de que las naciones libres también han vivido de conformidad con sus propios programas sin cacatear tanto con respecto de esa santificada palabra. La novedad parece haber producido un estado de ánimo en el cual la Vida Regularizada, con menos alimentos y menos ropa, se ha hecho mucho más deseable que el sistema de vida anterior anticuado, el cual proveía a los seres humanos de todas esas necesidades. Oye uno decir a muchos que con gusto cambiarían su libertad política a trueque de la libertad económica. En realidad, esas dos servidumbres son gemelas—y llegamos al final a un estado

de ánimo tan dispuesto a abandonar la Libertad, que se encuentra dispuesto a pasarla con menos alimentos y sin libertad de ninguna especie.

Como es que la gente llega a pensar así? La novedad del señor Mann la constituye la contestación siguiente:

“Repito: la mayor influencia, la fascinación esencial ejercida por “las ideas y las tendencias que amenazan a la Democracia en nuestros días, y que la convierten en problemática, es el encanto que “ofrece su novedad. Sobre este hecho es que los fascistas hacen énfasis,—de esto es de lo que ellos se jactan; su conducta revolucionaria, su actitud juvenil y de oportunismo, la han adoptado para atraer a la juventud del mundo; y en Europa por lo menos, frecuentemente lo hacen con todo éxito. Mi opinión personal es que “a la juventud se la defrauda cuando cae al impulso de esta superchería. El oportunismo revolucionario y el resplandor de una falsa aurora en las tendencias fascistas no son más que los efectos de una “Magia corrompida. El Fascismo es tan completamente falso que la “juventud honrada en todos los ámbitos del Universo debería sentir asco y debería avergonzarse de tener nada que ver con él.”